

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL PRINCIPIO DEL SIGLO EN MEXICO



MAUCCI H^{OS} MEXICO

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Cuarta serie. — La Independencia

EL PRINCIPIO
DEL SIGLO EN MÉXICO

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos. — *Primera del Relox, 1*

1900

**Propiedad exclusiva de los se-
ñores Maucci Hermanos.**



El principio del Siglo en México



¿Queréis saber al fin cómo concluyó la época de la dominación colonial en la América?... Lentamente lo iréis conociendo.

Va á concluir el periodo de trescientos años que constituye el doloroso cuadro de la vida que tuvo nuestra patria sujeta después de la conquista á la tiranía de los últimos virreyes...

¡Triste época!

Melancólica serie de sufrimientos fueron

aquellos que con tal heroísmo soportaron los valientes adalides, dispuestos á salvar la patria, como lo tenían que hacer á costa de su sangre!...

Oh! Libertad... hermosa libertad... impulso que deja en los corazones al anhelo de la vida de los libres... oh! libertad, tú hiciste germinar en los espíritus de nuestros abuelos el pensamiento de la grandiosa idea de la Independencia Nacional!...

¡Oh Libertad!... Matrona augusta, bendita seas!...

¡Mil veces bendita hoy por los pueblos felices, que son los pueblos libres, los que ya gozan de la supremacia magnífica de sus grandezas... oh! libertad... mil veces bendita seas esperando en un instante el apoteosis de la victoria!...



Amiguitos míos, vosotros habéis sabido en

qué situación de tristeza y de abandono se encontraba lo que se llama hoy la República... ¡Pero qué lúgubre estado, qué caos, qué vértigo sobre la misma patria de Moctezuma!

Ya comprenderéis lo que pudo ser un gobierno de opulentos, nobles extranjeros, que vinieron á dirigir un país que nunca habían conocido, ni conocerían jamás...

¡Llegaban los señores condes, duques, barones, marqueses ó príncipes de España, nombrados por el Rey, rodeados de centenares de otros personajillos, todos riquísimos, todos dispuestos á enriquecerse más en las Sierras de las Indias, como se nombraba allá en Europa desde un principio á nuestros hermosos y paradisiacos territorios!

Mientras llegaba el nuevo virrey la Audiencia gobernaba y la pobre ciudad de México se hundía durante ese tiempo de desastre en una especie de tumba de aniquilamiento y tristeza!

¡Quienes más sufrían desde un principio eran los indios... seres abandonados á sí mismos, sin que ninguno se preocupase de su destino ni de sus miserias, vegetando bajo la crueldad de sus amos españoles!

¡Ya ni siquiera un recuerdo quedaba del

buen Fray Bartolomé de las Casas, de aquel Obispo de Chiapas, que con valor y audacia



protegió á los indios contra las explotaciones de los encomenderos tiranos y contra los men-

guados y odiosos propietarios que convertían á los hijos de los valientes caudillos muertos hacia siglos y lustros en defensa de la patria... en esclavos viles y en bestias de carga!...

—Ah!... ¿en esclavos viles?

—¿En bestias estúpidas de carga?

—¿Hasta ese extremo de ignominia habían reducido los españoles á los descendientes del gran *Axayacatl*, del celoso y habil *Acamapitzin* y del soberbio *Moctecuhzoma tlusicamina* —Flechador del cielo.—¿Hasta esa situación menguada habían llegado ellos, ellos, los orgullosos antiguamente?...

¡Qué bien se podía admirar en ello la Sabiduría de la Justicia Divina!...

¡Cuán portentosa se percibía la augusta mano de la Providencia, vengando en los hijos de los nietos de aquellos crueles y sanguinarios sacerdotes de los templos de la guerra y de los *teocallis* de *Tluitzilopuchtli*!...

• • • • •
¡La raza, la triste raza de los verdugos y de los príncipes crueles, de los que levantaron monumentos al Odio, se extinguía, después de largas series de esclavitud y servidumbre extranjera odiosísima, en una agonía terrible!

¡Porque los españoles trataron entonces al indio vencido peor que á un esclavo!

Sus idiotas negros horribles de las regiones del Africa, que ya sabéis que son malignos, ignorantes, toscos y bestiales, conducidos como esclavos y brutos para utilizar su fuerza ciega recibían mejor alimentación y trato menos brutal que el que daban á los pobres indios los capitanes y aventureros españoles...

¡Y eso... ah! ese trato abominable duraba desde hacía tres siglos!...

¡Ni siquiera se alimentaba al indio que trabajaba en las negras minas donde morían diariamente á centenares!... ¡Bajaban al fondo de las entrañas de la tierra para arrancarles el oro ó la plata que había de enriquecer al amo... y el que dejaba en sudor y sangre su existencia, no tenía en cambio ni un pedazo de pan, ni una tertilla!

¡Pobre moribunda y atormentada raza azteca!...

—¿Os acordáis, amiguitos, de aquellas épocas en que fué gloriosa, triunfal, soberbia, altanera y cruel?... ¿Os acordáis de aquellas expediciones siniestras de los reyes *Atmizotl*, *Moctecuhzoma*, *Khuicamina*, *Axayacatl* y tantos y tantos otros reyes y caudillos que lle-

varon sus ejércitos fuertes y numerosos hacia las lejanas naciones del Sur ó del Oeste?

¿Recordáis aquellos triunfos magníficos de los *aztecas* que les proporcionaban millares y millares de prisioneros que irían á ser sacrificados en la gran piedra del *Teocalli*, unos tras otros hasta inmundar la plaza en vastísimo charco de sangre?...

¡Recordad amiguitos, (1) que allá hacía varios siglos un anciano *mixteca* que fué rey destronado por los mexicanos, envuelto en horrenda traición, sin más amparo ni más esperanza en su existencia infeliz que una hija idolatrada á la que sabe que los mexicanos sacrifican, profiere en una atroz maldición, en un anatema de muerte contra la raza *nahuatl*!

— ¡Raza maldita de bebedores de caliente sangre humana, raza de cocodrilo á quienes el Dios del Mal dió negras Alas para exterminar y beber, beber sangre, hasta saturar con maldiciones de odio vuestro lago que antes era blanco, divino, tranquilo y bello... y hoy es negro para que llegue á ser rojo sucio...

(1) Léase el cuento de la Segunda Serie que refiere este caso.

raza *mexica* que vives y gozas y te embriagas de sangre, olvidando las glorias de la Naturaleza, recuerda que un rey que nunca te hizo



daño alguno, te maldice y te hace ver tu fin...
¿Cual?... ¡Oyelo!

«¡*La más ruín esclavitud!*»

La formidable tradición de aquel rey ultrajado á quien los mexicanos hacía algunos siglos habían quitado sus dominios, sus riquezas, sus honras y el amor de sus hijos... ¡y aun el corazón y la fuerza de su más hermosa hija, se unió tras otras maldiciones que fueron acumulándose!.. Ah! los gritos de angustia y desesperación de las víctimas... hasta que de lo alto de una espantosísima montaña roja y obscura, que se levantó de pronto en las tinieblas, surgió el grito siniestro y prepotente que todo lo dominó, como si fuese por milagro de Dios, un nuevo y nunca creíble Sinaí de relámpagos y truenos!

¡Relámpagos que parecían hojas de espadas, tajos de hachas y fogonazos de cañones... truenos que eran estampidos, carcajadas diabólicas y ruidos de cataratas!

La Conquista peleó contra el azteca, y luego, aniquilado aquél, el virreinato trituró, hizo pedazos aquella raza, exprimiéndola hasta la última gota de sudor y de sangre!... ¡Se cumplía la maldición de las víctimas de los crueles sacrificios!... ¡Todo se paga en la vida del hombre lo mismo que en la existencia de las razas de los pueblos!...

¡El que á hierro mata á hierro muere! —ha dicho el amoroso y sublime Hijo del Hombre.....

¡Por eso había sufrido tanto la raza *nahuatl!*... ¡Tenía mucho que pagar!

*
**

Empezaba el nuevo siglo XIX que tantos acontecimientos y glorias, batallas y desastres, miserias y auroras, cataclismos y revoluciones iba á tener para maravillar toda, toda la Historia de la Humanidad!...

¡Empezaba en la Nueva España el amanecer de un siglo, rompiendo por todas partes, con estruendos estremecedores, horribles, unas veces, llenos de rayos y relámpagos, por otra parte!

¡Todo el mundo se agitaba; parecía que este planeta esférico donde vimos en naciones todos los humanos, se estremecía, temblando, temblando cual si ya hubiera llegado el verdadero fin del Mundo!...

Sabed, amiguitos que allá tras los mares, en las naciones más ricas y civilizadas, las que estaban todavía gobernadas por reyes como España, Portugal, Francia, Italia, Alemania, Holanda, Inglaterra, Bélgica y Austria y Rusia, en fin todas las naciones estaban envuel-

tas en olas de sangre y fuego, por capricho de un hombre, de un hombre muy chiquito, sin barbas y sin grandes lujos y que se llamaba *Su Majestad Imperial Napoleón*.

Sus ejércitos de este Señor Gigantón que tenía hechos esclavos suyos á todos los reyes de Europa, habían caído sobre España, y como en México había un anciano que leía el francés, que amaba á su patria y á la libertad, la felicidad de sus hermanos y todo lo que diera gloria y honra á México, ese anciano meditó la inmensa idea de hacer digno y libre á un pueblo, rompiendo las cadenas remachadas durante trescientos años al trono de hierro de los reyes de España!

Recibir la luz de un lejano incendio de sangre—sabiendo que aquel incendio no es aniquilamiento, sino Aurora,—y al fulgor de esa luz leer esta palabra peligrosa: «*Libertad!*» es cosa admirable.

¿Quién lo hizo?

El anciano que se llamaba Miguel Hidalgo.

Pero hizo más. Si esto es admirable fué más grandioso, continuar recibiendo del país prohibido luces maravillosas que no debían estar en una colonia obscura y que por sus mismas tinieblas vivía.

Siguió leyendo todo lo que llegaba de Francia; y así pudo concebir la idea de la Independencia; y allá en un lugarcito que hay en el estado de Juanajuato y que se llama el pue-



blo de Dolores, mientras hacía que los habitantes trabajaran en nuevos talleres y cultivaran la uva y la morera y fabricasen vajilla de loza especial, el buen genio leía y meditaba y estudiaba, rodeándose de los mejores ami-

gos que podemos tener en el mundo y en la vida: ¡Los libros!

El venerable anciano amaba á su pueblo; comprendía que él pagaba sin recibir recompensa alguna, el lujo no sólo de los virreyes, sino de los mismos reyes de España á quienes solo de nombre y por sus crueles despotismos con sus vasallos conocían; bien supo también el cura que había muchos sufrimientos y desigualdades en el Gobierno...

¡El indio, el criollo, el verdadero mexicano gemía sin poder aspirar á nada, recibiendo los látigazos de sus amos que explotaban todas las tierras y se hacían dueños de todas las riquezas!

¿Porqué no lanzar á todos los vientos de las sierras mexicanas un grito de Libertad, un grito que manifestara que por fin el pueblo mexicano quería ser libre?

¡Qué furor el de los déspotas cuando escucharan eso grito!... ¡Qué cruel y bárbara su venganza!

¡A sangre y fuego iban á imponer el castigo los amos á los esclavos que escucharan ese trueno!...

¿Qué más importaba todo si se trataba de la Santa Idea de la Independencia Nacional?...

Hidalgo siguió en su pensamiento sublime, comunicándolo á hombres patriotas, á dignos jefes que amaban la libertad y querían triunfar ó morir combatiendo por la patria!...

Mientras... ¡cuántos trastornos en México, cuánta miseria y abandono en el Gobierno, sabiéndose que en España huían cobardes los señores reyes delante de aquel chaparrito sin barbas que se llamaba Napoleón y que quería ser el Emperador de todo el Mundo!

¡Qué cosas tiene la Providencia, buenos lectores, para ir preparando la Libertad de los pueblos injustamente encadenados!...

El castigo de los *mexicas* imperiales y conquistadores había sido largo... ahora la España Imperial recibía el suyo con Napoleón que la encadenaba á la Francia Imperial... ¡Y ésta que pronto sería también conquistada!

Entre tanto el buen viejo cura del pueblo de Dolores meditaba su obra inmortal, como un mártir que se sacrificaría por la felicidad de su patria... ¡Iba á surgir la luz inmensa de la libertad!... México iba á ser libre! Empezaba el Siglo de las Luces con la Luz de la Independencia!